



San Justino mártir (1) caracteriza perfectamente la doctrina de Jesús de esta manera: «Sus discursos, dice, eran cortos y terminantes; su palabra no era la de un sofista, sino «la virtud del mismo Dios.» Como Hijo único del Padre (2), lleno de gracia y de verdad (3), puesto que en él habitaba corporalmente la

- (1) Justín. mart. apol. I, c. 14 ad fin.
- (2) Juan, III, 16.
- (3) Juan, I, 14.

plenitud de la divinidad (1), él era la vida y el que sólo podía comunicarla a los otros (2); él sólo podía convertir en hijos de Dios (3) a los que creyesen en su nombre y en su misión, y probasen la sinceridad de su penitencia por medio de su fe y de sus obras.

- (1) Col., II, 9.
- (2) Juan, I, 4, 5. 26; X, 9; XIV, 6.
- (3) Juan, I, 12.

...de la plenitud de la divinidad (1), él era la vida y el que sólo podía comunicarla a los otros (2); él sólo podía convertir en hijos de Dios (3) a los que creyesen en su nombre y en su misión, y probasen la sinceridad de su penitencia por medio de su fe y de sus obras.

CAPÍTULO VII

Jesús funda una sociedad religiosa.—Jesucristo en presencia de los judíos.—Muerte de Jesús.—Resurrección de Jesucristo.—Su Ascensión.

FUENTES: Prand, *¿Cristo ha fundado la Iglesia? ¿Qué carácter tiene ella? Munich, 1832. Sobre las relaciones necesarias entre el cristianismo y la Iglesia. Véase Dieringer, Sistema de los hechos divinos del cristianismo. Mag., 1841, t. I y II.*

Habiendo Jesús enseñado su doctrina como la religion absoluta y universal, habiéndose además declarado por Salvador del mundo que debía librar a la criatura de la maldicion del pecado y restablecer la comunicacion viva de la humanidad con Dios, de la universalidad misma de una obra que debía abrazar a todos los siglos y todas las naciones, se deducia forzosamente la necesidad de reunir en una sociedad religiosa a los hombres de todos los tiempos y de todos los países. Y ciertamente Cristo no es en realidad el Salvador del mundo, sino en cuanto que presta a todos los hombres, siempre y en todo lugar, así como los prestó a sus contemporáneos durante los dias de su vida terrestre, los medios de participar de la vida divina, uniéndose a Aquel que es su fuente y origen. Es necesario que exista siempre en el mundo una palabra que, como la del mismo Jesucristo, sea verdadera, divina é infalible; es necesario que haya perpetuamente en el mundo una virtud que, como la de Jesucristo, opere la remision de los pecados y la santificacion de las almas; es necesario que haya constantemente en el mundo una autoridad que obligue a la obediencia y a la sumision, y conduzca a la salvacion de un modo tan infalible como la autoridad del Salvador; es necesario, por último, que haya incesan-

temente en el mundo una sociedad religiosa que, nacida de Dios y ligada con Dios, funde la beatitud de Dios tan verdaderamente como la sociedad de Jesús cuando vivió en la tierra en medio de sus discipulos. Esta palabra y esta virtud, esta autoridad como esta sociedad, sólo pueden fundarse en Dios; de manera que la presencia continua y la accion perpétua de Dios entre los hombres, es la condicion absoluta del establecimiento, desarrollo y duracion del cristianismo en la tierra.

Tambien era necesario, para que la obra llevada a cabo por Cristo (una vez vuelto éste a su gloria) se perpetuase en el mundo, y fuese el patrimonio de todas las generaciones futuras, que Cristo tuviese siempre entre los hombres un representante igual a él en todo: tal fué el sentido, tal el efecto de la promesa hecha por Cristo, de que enviaria al Espíritu Santo. Dios se hizo hombre para salvar al mundo: el Espíritu Santo, presente siempre en la Iglesia, representa la naturaleza divina de Cristo; y por lo mismo era preciso que el Espíritu tuviese una accion humana y se comunicase por medio de órganos humanos, para que tambien estuviese representada su humana naturaleza; tal fué asimismo el sentido y tal el efecto de la otra promesa, en virtud de la cual los apóstoles debian ser los representantes del



Cristo, para desarrollar y completar su obra. Así fué fundada la Iglesia, cuya institucion es la condicion necesaria y absoluta del cristianismo. No hay cristianismo sin Iglesia, no hay Iglesia sin cristianismo.

Cristo ha querido, pues, fundar y ha fundado de hecho una Iglesia, llamándola ya el reino de Dios, ya el reino del cielo, ya el reino de Cristo; asimismo, previniendo desde luégo los espíritus contra toda falsa interpretacion, enseñó á los hombres que su reino no era de este mundo (1), que nada tenía que ver su reino con el imperio de los grandes de la tierra (2), que su reino estaba próximo, pero no llegado todavía (3), que su culto no se limitaba á un lugar determinado de la tierra, á tal templo, á tal montaña (4), sino que debía extenderse sobre toda la tierra é introducirse en todas las naciones, salvando todos los límites y todas las barreras, operándose la iniciacion, no ya por la circuncision, sino por medio del bautismo, en nombre de la santísima Trinidad (5). Otras veces llama á este reino de Dios, *Iglesia de Dios* (6). Así la ha prometido y la ha fundado realmente. Al efecto escogió (7) doce hombres groseros en su mayor parte, pobres pescadores de Galilea, convirtiéndoles en pescadores de hombres (8) y llamándoles apóstoles, es decir, enviados, elegidos, revestidos de poder (9).

El carácter particular de cada uno de los apóstoles representa en cierto modo las diversas disposiciones espirituales y religiosas del alma humana, fundándose su diversidad en una unidad llena de belleza y de armonía. Co-

(1) Juan, XVIII, 36.

(2) Mat., XX, 25.

(3) Mat., III, 2; V, 17; XIII; Marc., I, 15; Lúc., VIII, 11.

(4) Juan, IV, 21 sig.

(5) Mat., XXVIII, 19; Marc., XVI, 15-16.

(6) Mat., XVI, 18; XVIII, 17.

(7) Sus nombres son: Simon (Cephas, Pedro), Andres (hijo de Juan), Santiago y Juan (hijos del Zebedeo; hijos del trueno. Marc. III, 27), Tomas, Felipe, Bartolomé (Nathanael, Juan, I, 46), Mateo (Leví, Mat., XI, 9), Santiago el Mayor, Tadeo, Simon y Judas Iscariote.

(8) Lúc., V, 1-11.

(9) Lúc., VI, 13.

lumnas de la Iglesia, continuadores de la obra de Jesucristo subido á los cielos, los apóstoles van anunciando á todos los pueblos lo que han oido al Salvador, lo que han visto, lo que Él ha padecido por la humanidad. Ellos fueron educados para esta grande mision por el Salvador mismo, que los enseñó de todos modos, los probó y llamó, los castigó, perdonó y consoló; que obró maravillas expresamente para ellos (1), y les comunicó el poder de hacer milagros, á fin de convencerlos del objeto de su mision, y de confirmarlos en su fe por el Hijo de Dios (2).

Jesús los envia á anunciar el reino de Dios, les revela tambien cuál es su mision futura, y les inspira amor, contento y confianza, sin ocultarles por esto lo azaroso de su porvenir, pues en efecto, era un porvenir de lucha y de divisiones, de mortales odios, de persecucion sangrienta, porvenir de abnegacion sin límites, de completo sacrificio por Jesucristo (3): debian ellos separarse los unos de los otros y dispersarse por toda la extension de la tierra, sin dejar por esto de estar unidos y de formar una sociedad religiosa, santa, fuerte é indisoluble. Lo ideal de esta union es la union misma del Padre con su Hijo único; y la union de esta sociedad es el solo medio que puede hacer que el mundo crea en Jesucristo (4).

Y para que un lazo exterior venga á fortificar exteriormente la unidad de esta Iglesia, escoge Jesucristo un jefe entre los doce, Simon, á quien llama proféticamente Pedro, porque es la roca sobre la cual quiere edificar su Iglesia (5). Él es el Pastor visible de todo el rebaño (6), así como Jesús lo es el invisible (7); Él es el que debe fortalecer á todos sus hermanos (8).

(1) Cf. Lúc., IV, 38 sig.; V, 1-10; Mat., VIII, 23, 27; XIV, 22.

(2) Mat., X, 1; Lúc., IX, 1.

(3) Cf. Mat., X, 17, 18, 34, 38; XVI, 24; Lúc., VII, 49, 50.

(4) Juan, XVII, 21.

(5) Mat., XVI, 18.

(6) Juan, XXI, 15-17.

(7) Juan, X, 1 sig.

(8) Lúc., XXII, 32. Cf. Natal. Alex. «Hist. eccl. t. IV, de S. Petri et Romanorum Pontificum primatu.» F. Weninger, «Poder de los papas en materias de fe.» Inspr., 1841.



Así como el sarmiento está adherido al tronco (1), del mismo modo esta sociedad naciente, que habia de crecer cada vez más (2), debía permanecer unida á Jesús, su fundador: por eso concede á los apóstoles el poder de anunciar la palabra y de administrar los Sacramentos, canales visibles de las virtudes divinas, cuya fuente invisible es Él (3): por lo mismo, todo el que busque su salvacion uniéndose á Cristo, debe unirse á sus representantes, á los apóstoles y sus sucesores (4), enviados por Él, así como Él fué enviado por su padre (5). Él los sostendrá y los defenderá eternamente de todo error en el asunto importante de la salvacion, enviándoles el Espíritu Santo para que les descubra toda verdad (6).

Una doctrina que producía una impresion tan victoriosa sobre los espíritus, confirmada además por pruebas tan numerosas y resplandecientes de la omnipotencia divina, conquistaba instantáneamente para Jesucristo las masas enteras del pueblo. Así es que le querian elegir rey (7), y confesaban que aun cuando viniese el mismo Mesías, no podría hacer ni mayores ni más numerosos milagros (8). Pocos dias ántes de su muerte, el pueblo le prepara una entrada triunfante en Jerusalem (9). Pero la adhesion de este pueblo es sobrado vacilante, y á la primera ocasion se volverá contra Cristo.

Semejante inconstancia y esta infidelidad del pueblo pasman verdaderamente si se considera cuán preparado debía de estar el judío para la mision del Salvador; pero la admiracion disminuye si se atiende á los hechos siguientes (10): 1.º la masa del pueblo comprendía de una manera sensible y carnal la eleccion y el destino de Israel: ella no comprendía la accion misteriosa de Dios sobre las almas para

(1) Juan, XV, 1-6.

(2) Mat., XIII, 31 sig.

(3) Mat., XVIII, 18; Juan, XX, 21-23.

(4) Lúc., X, 16.

(5) Juan, XX, 21.

(6) Juan, XIV y XVI; Mat. XXVIII, 20.

(7) Juan, VI, 15.

(8) Juan, VII, 31.

(9) Mat., XXI, 8 sig.

(10) Cf. Hirscher, *Vida de Jesús*.

su verdadera santificacion, ni comprendía tampoco la participacion del hombre en esta obra restauradora: los sacrificios pomposos que ofrecía al Señor eran vanos, porque carecian del espíritu de amor y de obediencia, siendo por lo regular tan presuntuosos los judíos, que creían que sólo para ellos tenía Dios misericordia; 2.º el Mesías aguardado por los judíos era un héroe, un conquistador que apareciendo rodeado de gloria y de magnificencia, habia de elevar al judaico sobre todos los pueblos de la tierra; y apenas se mencionaban las profecías que representaban al Mesías padeciendo y muriendo por los pecados del mundo (1), las cuales estaban enteramente olvidadas. Además, ¿el mismo Jesús no tuvo el dolor de conocer este olvido en el estrecho círculo de sus doce apóstoles y sus setenta y dos discípulos? (2); 3.º dirigiéndose la reprobacion amenazadora del Salvador principalmente contra los fariseos hipócritas, ocupados sólo en obras exteriores y celosos de la dominacion del pueblo, estaban tanto más irritados, cuanto que les acosaba la duda de si Jesús se declararía como el Mesías en su sentido carnal (3). Así es que procuraban alejar al pueblo de la fe en Jesucristo como verdadero Mesías, lográndolo fácilmente, pues bajo todos sus aspectos el espíritu y la doctrina de Jesús eran opuestos al espíritu y á las máximas del mundo, y se prestaban poco á las inclinaciones, deseos y esperanzas terrenales de los hombres en general, y en particular de los judíos.

De esta suerte, pues, desconocido por todas partes y al cabo de tres años de trabajos, vió aproximarse Jesús el término de los designios de Dios. Sin temer como sin buscar la muerte, se dirigió á Jerusalem con sus apóstoles para

(1) Cf. Reinke, «Exegesis crit. in Jesu-Crist.» Mack. «La esperanza del Mesías, y opiniones de los contemporáneos de Jesús.»

(2) Este número guarda relacion con el de los miembros del Gran Consejo de Jerusalem, así como el de los doce apóstoles con el de las doce tribus de Israel. Eusebio, «Hist. eccl. I, 12.» dice que ya en su tiempo no existía ningun testimonio de estos setenta ó setenta y dos discípulos; lo que se ha añadido al lib. III, es posterior y poco auténtico.

(3) Juan, X, 24.



cumplir la ley en las fiestas de la Pascua (1), y allí declaró abiertamente que su muerte estaba cercana, y que á los tres dias saldria triunfante del sepulcro, llorando al mismo tiempo al revelar proféticamente á sus discipulos las desgracias que aguardaban á Jerusalem (2).

Estando seguro de su próxima muerte y de la duracion de su obra, y despues de haber dado las más tiernas pruebas de su amor y de su humildad, instituyó Jesús durante esta última Pascua tan ardorosamente deseada por él (3), un banquete de alianza y de perpétua conmemoracion. En él debían reunirse de allí en adelante todos sus verdaderos discipulos: en él se daría Jesús á ellos espiritual y corporalmente hasta el fin de los tiempos. De este modo debía realizarse la palabra profética que habia dirigido al pueblo: «Mi carne es un verdadero alimento, y mi sangre una verdadera bebida» (4). Despues de esto, y llegado al término de su vida terrestre, tuvo que sostener como al principio de su carrera pública una lucha terrible contra las flaquezas de la naturaleza humana. (5)

Durante esta dolorosa agonía, concertando su muerte los fariseos y el consejo de los sacerdotes y el pueblo, se decían los unos á los otros: «Ese hombre es un blasfemador;» y al mismo tiempo le acusaban de alta traicion ante el gobernador Poncio Pilátos (6). Llevado á presencia de ellos y preguntándole si era el Cristo y si era rey, «lo soy,» respondió Jesús, pues desde entónces habló ya explicitamente y sin parábolas (7).

Se le abofetea, se le escupe, padece los tormentos más crueles, y muere en la cruz rogando por sus enemigos, y derramando su sangre por la remision de los pecados y la reconciliacion de la humanidad con Dios (8). Herida la naturaleza de terror, se estremece;

(1) Luc., XVIII, 31. Cf. Juan, X, 18.
(2) Luc., XIX, 41 sig.
(3) Luc., XXIV, sig. Cf. Juan, XIII, I sig.
(4) Juan, VI, 36.
(5) Mat., XXVI, 37 sig.
(6) Juan, XIX, 12.
(7) Mat., XXVI, 63, 64; Juan, XVIII, 37.
(8) Mat., XXVI, 28 sig.; II, Cor. V, 18.

ábrese las rocas, y la vencida muerte aborta sus víctimas: rómpese el velo del Santuario, y el paganismo reconoce al Dios verdadero: «Á la verdad este hombre era un justo, era el Hijo de Dios» (1). Una voz misteriosa se extiende á lo léjos, y atraviesa los mares: «El gran pan ha muerto;» y se oyen suspiros mezclados con gritos de admiracion (2). José de Arimatea, no temiendo ya á los hombres, pide á Pilátos el cuerpo de Jesús. Las profecías se cumplen del todo: «Dará á los impíos por precio de su sepultura, y los ricos por recompensa de su muerte» (3).

La muerte de Jesús es el primer eslabon de donde parten de aquí en adelante todas las predicaciones apostólicas, pues todo está comprendido en la muerte de Jesucristo: el pecado del hombre causante de ella, la mediacion de Jesucristo que es su remedio, la reconciliacion con Dios que es su precio. En Cristo, en el Dios-hombre se ha realizado la idea eterna de la humanidad (*Υἱος του ανθρωπου ος*) el hombre por excelencia (*cat' εσοjén*); pero este tipo ideal, este modelo immaculado ha padecido la muerte: muy grande ha debido de ser el pecado de la humanidad para exigir semejante expiacion. El hombre, contemplando á Jesucristo, aprende á conocerse, y encuentra en este conocimiento el fundamento de la humildad, la obediencia y el amor más filial.

El hecho de la resurreccion de Jesucristo está perfectamente establecido en los cuatro Evangelios. Algunas diferencias poco importantes, y aparentes contradicciones en las circunstancias accesorias, confirman la sinceridad de la narracion, y prueban claramente que el relato de los cuatro evangelistas no ha sido concertado. Tomas, uno de los doce, niega con obstinacion, dice Leon Magno, á fin de que el

(1) Mat., XXVII, 51 sig., Cf. Luc., XXIII, 47 sig.
(2) Segun la narracion de Plutarco, de «Oraclorum defectu, t. VII, p. 651.» Plutarco refiere más adelante que este acontecimiento fué conocido inmediatamente en Roma, y que el emperador Tiberio mandó hacer sobre él una investigacion exacta. Tacit. Anal. XV, 44, «Auctor nominis ejus (sectae christianorum), Christus, qui Tiberio imperante per procuratorem Pontium Pilatum supplicio adfectus erat.»
(3) Is., LIII, 9.



mundo crea con mayor seguridad. Habiendo resucitado Jesucristo para nuestra justificacion, despues de muerto por nuestros pecados, segun la palabra del apóstol de las gentes (1), la resurreccion ha perfeccionado la obra de la redencion, la cual llegó á su apogeo; y el mismo apóstol nos lo dice resueltamente: «Si Jesucristo no ha resucitado, es vana nuestra predicacion, é inútil vuestra fe» (2). Asimismo, este hecho comunicó á los apóstoles un invencible valor para anunciar el Evangelio. Jesús, glorificado, permaneció cuarenta dias en medio de sus apóstoles, haciendo muchos milagros en presencia de ellos (3), y dándoles sus últimas instrucciones para el desarrollo de su obra (4). Despues los condujo á Betania, donde

(1) Rom., IV, 25.
(2) I, Cor., XV, 14.
(3) Juan, XX, 50.
(4) Act., I, 3.

les dirigió sus postreras palabras para fortificarles en la fe: «Todo poder me ha sido otorgado en el cielo y en la tierra: id, les dijo por segunda vez, y anunciad el Evangelio á todas las criaturas, bautizándolas en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo» (1). Extendió la mano sobre ellos para bendecirlos, y en el mismo instante se elevó misteriosamente al cielo, tal como habia descendido misteriosamente sobre la tierra (2), y los discipulos maravillados volvieron orando á Jerusalem á esperar allí la realizacion de la promesa de su maestro: «Y permaneceréis en Jerusalem hasta que os halleis revestidos con el poder que os vendrá de lo alto» (3).

(1) Mat., XXVIII, 19; Marc., XVI, 15.
(2) Luc., XXIV, 51; Act. I, 2.
(3) Luc., XXIV, 49.